

## Capítulo III

### LAS ENSEÑANZAS DE LA PASION

#### La palabra simbólica

El modelo sincrético del evangelio, forjado al fuego de la tradición y la historia, empezó a quebrarse a golpes de filosofía e investigación arqueológica en los comienzos del siglo XIX, donde empieza esa **Historia de las Investigaciones de la Vida de Jesús**, rastreada por Alberto Schweitzer. Sin embargo, cuando llega la conmemoración de su muerte, y volvemos a leer esos **Evangelios** de corrido, renace el Evangelio único, y la imaginación vuela nuevamente en alas de la palabra y los gestos simbólicos de estos relatos. Surge otra vez la pregunta perpetua: ¿Quién es éste? Y las contestaciones enigmáticas: el profeta de Nazareth; el Hijo de David; el Hijo del hombre; el Hijo de Dios; el anunciador de un Reino de los cielos que ha llegado y que ha de venir. El sentido de estas contestaciones hay que inferirlo por lo que ocurre en la semana de la pasión, desde la entrada a Jerusalem hasta su éxodo en el monte del Gólgota: primero, la palabra simbólica, y en consecuencia, el gesto simbólico, donde la palabra resplandece de significado.

El tercer evangelista destaca la enseñanza de Jesús: "Y enseñaba cada día en el templo", nos dice, "mas los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y los principales del pueblo procuraban matarle. Y no hallaban qué

hacerle, porque todo el pueblo estaba suspenso oyéndole" (Cap. XIX, 47-48). "Nunca ha hablado hombre así como este hombre", decían los encargados de prenderle (S. Juan, VII, 46). Y el mismo Jesús proclamaba el valor de su palabra diciendo: "La palabra que yo he hablado, ella le juzgará en el día postrero. Porque yo no he hablado de mí mismo: mas el Padre que me envió, él me dió mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna..." (S. Juan, XII, 47-50). En la "Oración Intercesoria", al establecer frontera entre **el mundo** y **El Reino**, Jesús pide al Padre que separe a sus discípulos por el efecto de su palabra: "Santificalos en tu verdad: tu palabra es la verdad" (S. Juan, XVII, 17). San Lucas relata en su **Evangelio** que una mujer del pueblo, al oír cómo Jesús contestaba a sus acusadores, le bendijo diciendo: "Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos de que mamaste". A lo cual respondió Jesús: "Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan" (Cap. XI, 27-28). Los tres sinópticos, al referirse a las palabras apocalípticas de Jesús, registran este dicho: "El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán" (S. Marcos, XII, 31 et al). Y S. Pablo, al escribir a los cristianos de Colosas, les recomienda: "La palabra de Cristo habite en vosotros en abundancia, en toda sabiduría..." (Cap. III, 16). Esta es la palabra concerniente al Reino, al cual los colosenses habían sido **trasladados** (Cap. I, 9-13). Al comienzo de su primera **Carta Universal**, S. Juan se refiere a esta palabra "tocante al Verbo de vida", la palabra sacramentada en el profeta de Nazareth, e iluminadora de toda Sagrada Escritura (Cf. **Primera Carta Universal de S. Pedro**, I, 10-12 y **Segunda Carta**, I, 16-21).

Lucas describe sumaria y elocuentemente esta actividad de la palabra docente de este modo: Y enseñaba de día en el templo; y de noche, saliendo, estábanse en el monte que se llama de las Olivas. Y todo el pueblo venía a él por la mañana, para oírle en el templo" (Cap. XXI, 37-38). Por esta razón, al interrogarle el Sumo Sacerdote, pudo contestar: "Yo manifiestamente he habla-

do al mundo; yo siempre he hablado en la sinagoga y en el templo, donde se juntan todos los judíos, y nada he hablado en oculto. ¿Qué me preguntáis a mí? Pregunta a los que han oído, qué les haya yo hablado: he aquí, esos saben lo que yo he dicho" (S. Juan, XVIII, 20-21). Esta es la misma contestación que S. Mateo recoge, aunque en una versión más sencilla, y dirigida "a las gentes", es decir, al populacho anónimo, sin personalidad individual responsable (S. Mateo, XXVI, 55).

Para entregar su contenido significativo, el gesto y la palabra se iluminan en relación mutua; si los separamos es solamente en orden a una razón metodológica. Partiendo siempre de S. Marcos, el primer Evangelio, después de la expulsión de los mercaderes y el milagro de la higuera, la primera palabra simbólica la provocan los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos al plantear a Jesús la cuestión de su autoridad para hacer y enseñar esas cosas. En lugar de **escribas**, Mateo menciona **el pueblo**. S. Juan no registra el incidente. No hay diferencia entre los sinópticos al reproducir la contestación, preguntando a su vez si el bautismo de Juan era de Dios o de los hombres. La intención de esta contrainterrogación se aclara al compararla con el orden del material que sigue: la parábola de la viña, la cuestión del tributo y el problema planteado por los saduceos con referencia a la mujer que casó sucesivamente con siete hermanos, enviudando de los siete. "Entonces él", escribe S. Marcos, "como entendía la hipocresía de ellos..." y esto nos da la razón de las contestaciones de Jesús (cf. S. Mateo, XXII, 18 y S. Lucas, XX, 23). Marcos dice: hipocresía; Mateo dice **malicia**; Lucas dice, **astucia**; todo menos interés honrado en conocer la autoridad de Jesús. "El mismo Jesús", escribe S. Juan, "no se confiaba a sí mismo de ellos, porque él conocía a todos. Y no tenía necesidad que alguien le diese testimonio del hombre; porque él sabía lo que había en el hombre" (S. Juan, II, 24-25). Por tanto Jesús contestó a los que le preguntaban: "Tampoco yo os diré con qué facultad hago estas cosas". Sin embargo, en otra ocasión, a los que le acusaban de echar fuera demonios por la autoridad de Satanás, les contestó:

“Todo reino dividido contra sí mismo es asolado... Mas si por el dedo de Dios echo fuera los demonios, cierto el Reino de Dios ha llegado a vosotros” (S. Lucas, XXI, 20 y S. Mateo, XII, 28). Marcos y Mateo relacionan con este incidente el dicho con respecto al “pecado imperdonable”, el de blasfemia contra el Espíritu Santo. Así interpreta Jesús la hostilidad agresiva de los sacerdotes, escribas, fariseos y ancianos que constituían la aristocracia intelectual de sus contemporáneos, como incomprensión de un tercer plano de realidad, la del Reino, que comienza a manifestarse en el plano de “el mundo”, así también ha de entenderse su conversación con Nicodemo, quien pertenecía a esta aristocracia.

También ocurre lo propio al pueblo, dice S. Marcos, por eso se abstuvieron de responder, proyectando sobre Jesús la intención de su propia malicia. Jesús, por el contrario, quiso arrostrarle la astucia escondida en sus corazonas, y se adelanto a los Herodianos devolviéndole la disyuntiva en la cuestión del tributo. En la moneda está grabada la imagen del César, símbolo de la historia y del mundo; en el espíritu, si se observa con honradez, está grabada la imagen de Dios, símbolo de la vida eterna. No puede haber vacilación para el hombre auténtico; guiado por la más profunda índole de su ser, le será fácil distinguir, y dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. “Maestro”, habían dicho los Herodianos, “sabemos que eres hombre de verdad, y que no la comprometes por nadie; porque no miras a la apariencia de los hombres, antes con verdad enseñas el camino de Dios” (S. Marcos, XII, 14). Esta es, tal vez, la más profunda interpretación que se ha hecho de Jesús. Siguiendo este modelo, la distinción entre César y Dios no puede ser difícil; pero mirando a la apariencia de los hombres, es muy fácil comprometer la verdad con respecto al camino de Dios. Los Herodianos se maravillaron excesivamente de la sabiduría de Jesús; pero no se atrevieron vivirla, y la verdad no se posee a menos que nos dejemos poseer de ella. Jesús es la verdad, hasta la muerte; por ello la verdad es de Jesús, hasta la vida.

Lo propio acontece con los Saduceos: "Erráis", les dice Jesús, ignorando las Escrituras y el poder de Dios" (S. Mateo, XX, 29). Nótese cómo Jesús vincula el conocimiento del tercer plano de existencia, el poder de Dios, a la revelación del mismo en la Escritura Sagrada, es decir, al proceso histórico y a su interpretación profética. La muerte pertenece únicamente al plano del tiempo natural; el matrimonio, al tiempo culto o histórico; en el Reino de Dios no rige ni la muerte, ni el matrimonio. La relación esencial con Dios es por la vida, no por la muerte. La vida es lo permanente; la muerte es lo móvil, lo transitorio. La muerte transcurre sobre el substratum de la vida; la vida permanece fluyendo sobre el cauce permanente de Dios. No hay separación absoluta entre estos tres planos de existencia; pero es necesario distinguirlos para comprender el orden de subordinación que los articula en Uno —el que descendió, y el que ascendió, como llama S. Pablo al Hijo de Dios: "El que descendió, el mismo es el que también subió sobre todos los cielos para cumplir todas las cosas" (Efesios, IV, 10). Y esta plenitud de todas las cosas es también una descripción feliz del Reino de Dios, donde no hay muerte, ni tampoco matrimonio, porque la vida natural y la vida histórica se cumplen cabalmente en la vida eterna.

### Parábolas y conversaciones.

La parábola de la viña sigue en S. Marcos y en S. Lucas al planteamiento de la autoridad de Jesús; en S. Mateo le precede la parábola de los dos hijos, también con el tema de la viña. Este es un tema que debió ser muy bien comprendido por los escribas, los fariseos y los sacerdotes, ya que en el **Antiguo Testamento** es alegoría del Pueblo de Dios. "Es Israel una frondosa viña", dice Oseas (Cap. X, 11). "Ahora cantaré por mi Amado, el cantar de mi Amado a su viña...", escribe Isaías (Cap. V, 1). El mismo Jesús había utilizado ya la parábola del sembrador y la parábola de la cizaña, diciendo: "El campo es el mundo..." (S. Mateo, XIII, 38). A esta viña en-

vió El Amado a su Hijo. Aunque los enviados anteriores habían sido rechazados de mala manera, "Tendrán reverencia de mi Hijo", pensó el Dueño (S. Marcos, XII, 6). "Mas aquellos labradores dijeron entre sí: "Este es el heredero; venid, matémosle, y la heredad será nuestra... ¿Qué, pues, hará el señor de la viña? Vendrá, y destruirá a estos labradores, y dará su viña a otros".

En esta breve versión de la parábola S. Mateo y S. Lucas coinciden con el primer Evangelio al destacar las dos ideas claves: 1) la actitud de los labradores al decir, "la heredad será nuestra", 2) la decisión del Señor de la viña, el cual "dará su viña a otros". S. Mateo interpreta el juicio del Señor de la viña en palabras del mismo Maestro: "Por tanto os digo, que el Reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que haga los frutos de él" (Cap. XXI, 43). El juicio de Dios es consecuencia de la actitud humana; la cual, a su vez, constituye la esencia del plano de vida histórica, a diferencia del natural, hacia abajo, y del eterno, hacia arriba. Comprender esta relación es intuir el misterio del Reino de Dios.

El ser humano, hasta donde nos es posible saber, es el único que desarrolla, en los primeros años de su biografía, una conciencia de separación, de ser él, de ser yo, centro de todo lo demás que forma su contorno. Esta conciencia de Yo lo identifica, para sí mismo, a lo largo de toda su existencia, constituyendo un centro de gravedad individual, hacia el cual atrae todas las cosas con una ineludible fuerza de posesión. El yo es el sujeto gramatical, psicológico y metafísico— del contexto humano, el cual es su objeto de posesión. "Necio", dice Dios, "esta noche vuelven a pedir tu alma, y lo que has prevenido, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro y no es rico en Dios" (S. Lucas, XII, 20-21). Nada es nuestro si no poseemos nuestra vida, porque "¿de qué aprovecha al hombre si granjeare todo el mundo y pierde su alma?" (S. Mateo, XVI, 26). En el proceso histórico hacia el juicio final, los hijos del Reino serán aborrecidos de todos, "mas un pelo de vuestra cabeza no perecerá", dice Jesús, "en vuestra paciencia poseeréis vuestras almas" (S. Lucas, XXI, 17-18).

La vida, el alma, pertenece a otro centro de gravedad, diferente del universo espacial y temporal, al centro de gravedad del Reino de los Cielos, donde se hace la voluntad de Dios. Sentir la atracción de ese centro, simbolizado por Jesús en "el Padre Nuestro" es tener la fe que produce paciencia (**Romanos**, VIII, 25, y **Santiago**, I, 3). Solamente por esa fe poseemos nuestras vidas, cuando nos posee Dios. Entonces "el que pierde su vida la salva", porque "sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir; todo es nuestro; y nosotros de Cristo; y Cristo de Dios" (I **Corintios**, III, 22-23). Sin esa fe somos víctimas de la ilusión de ser separados por el Yo y para el Yo. Todo lo que amenace el ser separado produce ira o pánico, y en última instancia, odio, agresión y muerte. Por esa fe, nuestra separación queda articulada en cuerpo, y la Iglesia es símbolo del Cuerpo de Cristo, el cual es un Reino (I **Corintios**, XII, 12 y 27).

La razón de los fariseos, los sacerdotes y los escribas está obnubilada por la falta de fe en el centro de gravedad personal del universo. Por ello no han podido entender la Escritura, ni siquiera uno de los salmos del Hallel, el mismo que cantaban siempre que ascendían a Jerusalén. Su inteligencia es suficiente para entender que la parábola va contra ellos, para sentir amenazada su separación personal; pero al rechazar la piedra de ángulo, "lo que es de Dios", como lo rechazó Pedro al calce de su confesión, carecen del sentido de la fe para penetrar la dirección profética de la historia hacia la consumación del Reino de Dios. Odian a Jesús y temen al pueblo, al mismo pueblo voluble que tres días después escogerá a Barrabás y pedirá la crucifixión de Jesús (**S. Mateo**, XXI, 45-46). S. Mateo y S. Lucas son más explícitos al indicar el efecto de esta confusión: "Y el que cayere sobre esta piedra, será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará" (**S. Mateo**, XXI, 44). Pero el que entiende la palabra simbólica y la obedece es "un hombre sabio, que edifica su casa sobre la piedra" (**S. Mateo**, VII, 24).

Entre esta parábola y la referencia a Juan, el Bautista, en la cuestión de la autoridad de Jesús, S. Mateo

intercala la parábola de los dos hijos. Uno de los hijos parece que obedecerá, de palabra, mas de hecho desobedece la voluntad de su Padre. El otro dice que no obedecerá, más luego de reflexionar, obedeció. El verbo usado por el narrador para expresar el proceso espiritual del hijo obediente es **metamélomai**; compuesto de **metá**, pasar el límite, esforzarse, excederse y **méloo**, preocuparse, meditar, tener cuidado. Es un verbo análogo a **meta-noéoo**, cambiar de parecer, cambiar de criterio de mente. Este segundo es el que usa S. Marcos para reproducir la predicación inicial de Jesús: "Arrepentíos y creed al Evangelio" (**Marcos**, I, 15). La aceptación del Evangelio del Reino de Dios presupone una invasión espiritual, el cruce de la frontera entre la ciudad del Amor Humano y la Ciudad del Amor de Dios. Esa conquista espiritual no puede realizarse sin una transformación mental, sin una **metanóia** o arrepentimiento profundo, el mismo del cual habla S. Agustín en sus **Confesiones** y luego en **La Ciudad de Dios**.

Uno de los dichos más excesivos de Jesús contra los fariseos se registra únicamente al calce de esta parábola: "De cierto os digo, que los publicanos y las rameras os van delante al Reino de Dios. Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creisteis; y los publicanos y las rameras le creyeron; y vosotros, viendo esto no os arrepentisteis después para creerle" (**S. Mateo**, XXI, 31-32) La contradicción entre la palabra exterior y el pensamiento interior es análoga a lo exterior y lo interior del vaso, al exterior blanco y el interior corrupto del sepulcro, expuesto más adelante en el mismo Evangelio (Cap. XXIII, 25-28). Son las palabras del profeta Isaías que resuenan ardientes en el corazón de Jesús: "Este pueblo se me acerca con su boca y con sus labios me honra, mas su corazón alejó de mí..." (**Isaías**, XXIX, 13 y **Mateo**, XV, 8-9). La cuestión de autoridad (**exousía**) es un subterfugio para no reflexionar, para no volver el pensamiento honrado sobre sí mismo, para no mirar hacia lo interior, de donde fluyen las corrientes de la vida (**Proverbios**, IV, 23). "Lo que sale de la boca, del corazón sale, y esto contamina al hombre" (**Mateo** XV, 17-20).



Con estas dos parábolas Jesús puso al descubierto "el hombre interior", las realidades más ocultas de la mentalidad farisea (Cf. II **Corintios**, IV, 16 y **Romanos**, VII, 22-23, dos referencias claves al concepto de hombre interior).

Solamente S. Mateo incluye en su **Evangelio** las parábolas de las bodas y de las diez vírgenes. Ambas están construídas a base del mismo tema bíblico, las bodas. El tema nos llega, en forma poética e intención teológica, desde **El Cantar de Cantares** hasta los sermones místicos de Bernardo de Claraval y **El Cántico Espiritual** de San Juan de la Cruz. Sin embargo, las cuatro parábolas obedecen a una misma idea: perder la participación en lo que, en otra parábola —de los talentos— el maestro llama "el gozo del Señor", es decir, en la beatitud o bienaventuranza de sentirse parte de una totalidad cuyo centro de gravedad personal es Dios y su nombre el Reino de los Cielos. En las primeras dos, el símbolo es la viña; en las otras dos el símbolo es las bodas. Los labradores pierden su participación por codicia egoísta; el hijo desobediente por desidia; los invitados por una falsa perspectiva de valores y el cincuenta por ciento de las vírgenes por "moronas", como las llama el texto griego literalmente, por no usar la inteligencia con que Dios las dotó. Nótese, de paso, que estas diez vírgenes son análogas a los edificadores a que alude el final del "Sermón del Monte" (**S. Mateo**, Cap. VII). Cinco vírgenes son "frónimas" —usan su inteligencia para estar alertas a la verdad. El hombre "frónimo" pone por obra la palabra de la verdad, experimenta (**dokinmazeid**), dice el apóstol Pablo (**Romanos**, XII, 3) con la voluntad de Dios, construye su casa sobre la verdad.

En última instancia, tanto los labradores como el hijo desobediente, como los invitados que "no eran dignos (**axios**, de donde el término axiología, o sea "estimación de valores") como las vírgenes "moronas" y el constructor "amente", resistieron a la verdad, la obscurecieron en sus propias vidas, porque no tuvieron fe, lo cual es aquella disposición de ánimo que favorece la aparición de la verdad en la experiencia humana. Los científicos la

llaman "hipótesis de búsqueda o trabajo"; el **Evangelio** la llama fe, es lo mismo: una predisposición para percibir y aceptar la verdad, una seguridad de que existe, una intuición de su presencia y una expectación de su llegada. Los filósofos hablan de esa verdad en abstracto; los científicos estadísticamente, por muestras experimentales; Jesús la señala en los acontecimientos del diario vivir, porque Jesús era **El Maestro**, y la verdad completa es por y para la vida actual. La filosofía y la ciencia cambian constantemente, en razón de un conocimiento más completo de la realidad, por el hombre que la interpreta; pero la vida de ese mismo hombre —filósofo o científico es siempre igual a sí misma en su concreción ordinaria. Las hipótesis, como los postulados de la fe, no se prueban o rechazan al comienzo de la búsqueda, sino al final, en consecuencia de la verdad ya descubierta. La imaginación inteligente adopta la hipótesis y la fe por una especie de síntesis adivinatoria, previo a la búsqueda, y estas sirven de instrumento de orientación, selección significativa y síntesis crítica para el hallazgo de la verdad. Esta es la "**fides quaerens intellectum**" de S. Anselmo, y la verdad es "la perla de gran precio" de la parábola (**S. Mateo**, XII, 46). Para poseerla hay que vender toda otra posesión, y nadie arriesga todo lo que tiene sin una gran fe; por ello "son muchos los llamados y pocos los escogidos".

El hombre echado fuera de la fiesta por no estar vestido propiamente, como las vírgenes dejadas fuera porque dormían, con sus lámparas apagadas, y también el hijo desobediente por desidia y despreocupación, carecen todos de lo mismo: la fe expectante; ve quien mira con esa intención expectante; ve quien tiene ojos para ver; no para mirar ociosamente, sino para mirar a su **nec-oicio** (**S. Mateo**, VI, 22-23). Y el negocio principal del ser humano debe ser descubrir y comprar la perla de gran precio, ir al encuentro de la verdad libertadora.

Los **Evangelios** de S. Marcos y S. Mateo colocan la conversación de Jesús y el doctor de la ley, con referencia al primer mandamiento, después del incidente con los saduceos y el tema de la vida en Dios. S. Lucas lo inserta al regreso de los setenta enviados a predicar el evan-

gelio del Reino de Dios, y provoca la pregunta ¿Quién es mi prójimo? con la parábola del Buen Samaritano en respuesta. La versión de S. Marcos es la más completa. Jesús ha dado, como segundo mandamiento, "amar al prójimo como a sí mismo". Este dicho de Jesús lleva todas las trazas de ser auténtico. S. Pablo, vinculándolo a la conversación con el joven rico, lo cita en dos de sus cartas más importantes (**Romanos**, XIII, 9 y **Gálatas**, V, 14) y se menciona aún en la **Carta Universal**, del apóstol Santiago (Cap. II, 8). Pero este no es el segundo mandamiento, el cual prohíbe la idolatría (Cf. **Exodo**, XX, 4). Esto es otro caso más de engrandecimiento y profundización de la ley por Jesús, para mostrar el espíritu que da vida a la letra, la cual, sin espíritu, mata (Cf. II **Corintios**, III, 6).

En el "Sermón del Monte" Jesús había enseñado: "Oísteis que fue dicho a los antiguos. . . mas yo os digo. . ." (S. **Maeto**, V, 17-20). El segundo mandamiento se refiere a la idolatría de imágenes, pero la mayor idolatría, fuente de todas las demás, es la idolatría de sí mismo, la egolatría. Los ídolos son proyecciones de un ser en el cual la imagen de Dios ha sido suplantada por la imagen de fuerzas naturales, o de fuerzas históricas, por el **asherah** (Cf. **Exodo**, 34:13-14) o por el César, desde mucho antes de haberlo notado Xenófanes. Por lo tanto, la idolatría es siempre expresión de un ser escondido, inauténtico, falso y amedrentado. El camino de su salvación consiste en restaurarlo a sí mismo, dirigirlo hacia el descubrimiento de su imagen auténtica, y luego a la adoración de esa imagen, cuya expresión cabal es el amor de Dios.

El que ha llegado a conocerse a sí mismo, al cabo de un cuidadoso esclarecimiento de su conciencia, sabe si el objeto de su amor es realmente objeto, o si es solamente sujeto, amor de sí mismo, de su soberbia, su ambición, sus odios, sus temores y sus sueños, pero objetivados en otro —en el prójimo, y a veces por desgracia, en los hijos. La consecuencia es el desastre, para desesperación de quien no ve correspondido su amor. No andaba muy descaminado el escriba cuando preguntó:

“¿Quién es mi prójimo?” Parece más fácil ver la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio (**Lucas**, VI, 41-42). Y es necesario que nuestro ojo sea sincero para que nuestro ser sea luminoso (**S. Mateo**, VI, 22).

Estas cosas Dios las revela por naturaleza a los pequeños, y el saber humano las complica para los sabios y los entendidos (Cf. **S. Lucas**, X, 21). El adulto podrá engañarse sinceramente cuando se ama a sí mismo en el niño; pero el niño no se engaña, siente que no es amado, sino solitario. Las consecuencias le dan la razón al niño. Cuando un niño se ha sentido realmente amado, a causa de sí mismo, objeto de amor y no sujeto, crece en seguridad del amor universal; y luego dispensa su amor, su aplomo y su seguridad aún a sus enemigos, sin resentirse, ni desanimarse, si su amor no es correspondido. Si no le corresponde el prójimo, le corresponde el centro de gravedad del universo, cuyo nombre es Dios, el Padre, y también la Madre, ya que en el Reino de los Cielos no hay varón ni hembra.

Hemos distinguido tres amores: el de la vida natural, o el **eros**; el de la vida histórica, o **filia**; el de la vida eterna, o **agápe**. Esta es una escala ascendente e inclusiva: el **eros** se supera y transfigura en **filia**; ambos se transfiguran en **agápe**. “Dos amores fundaron dos ciudades”, dice San Agustín, refiriéndose al **filia** y al **agápe**. El amor histórico solo es, a la postre, amor de sí mismo, no logra transfigurar el **eros**, su centro de gravedad es el yo. Negarse a sí mismo, sin haberse incorporado al **agápe** universal, es engañarse a sí mismo, y arriesgarse a la repetición histórica de la frustración colectiva, a la sucesión de decadencias, profetizada por Jesús y demostrada por San Agustín, Gibbon, Spengler y Toynbee. Solo cuando **eros**, **filia** y **agápe** se dan en Cristo, la casa de los hombres se edifica sobre cimientos permanentes. Después de Adolfo Deissmann; todo lector cuidadoso de S. Pablo tiene que notar el predominio de ese locativo singular **en Cristo**; el tiempo y espacio, la heteronomía natural y la autonomía culta, quedan ambas transfiguradas en la teonomía anunciada por Cristo, en el Reino de la Gracia. El saber carnal y el saber animal quedan absorbidos y superados en el saber según el Espíritu. Dios, como hipó-

tesis para explicar científicamente el universo, puede que sea innecesario; pero es absolutamente necesario para participar en y gozar de la vida personal que informa el universo; y a la cual el Evangelio llama **agápe**, diciendo: "Porque Dios es agápe, y el que permanece en el amor, permanece en Dios y Dios permanece en él" (I Juan, IV, 16).

"¿Quién, pues, de estos tres —sacerdote, levita y samaritano— te parece que fue el prójimo de aquel que cayó entre ladrones?" preguntó Jesús al doctor de la ley, que buscaba la justicia. "El que usó con él de **jesed**", es decir, del amor de Dios, contestó el escriba. Ni siquiera pronunció el nombre **samaritano**, porque estos eran escarnio, la hez de la tierra, el enemigo tradicional del judío. ¡Cómo compararlo con el sacerdote y levita! ¡Y Jesús lo puso de modelo al doctor de la ley que buscaba justicia, porque el samaritano amó e hizo bien a su enemigo, a quien le perseguía y maldecía! No lo hizo por sabio, ni por religionismo, sino por su agápe en Dios. "En el amor no hay temor", dice el **Evangelio**, mas el perfecto amor echa fuera el temor" (I Juan, IV, 18). Lo contrario de la justicia es el temor, que engendra codicia, egoísmo y odio, injusticia disfrazada de farisaismo, ¡y tan bien disfrazada que se hace inconsciente! Es imposible que quien vive en temor ame a su enemigo. Solamente puede hacerlo, espontáneamente, quien vive conscientemente como el niño inconsciente, seguro en el amor de su Padre universal.

"No estás lejos del Reino de Dios", dijo Jesús al escriba (**S. Marcos**, XII, 34). El samaritano, sin embargo, estaba en el Reino, pero no lo sabía, y por supuesto, no hacía ostentación de estarlo, como los fariseos. Para poner al descubierto la superficialidad e ignorancia del saber de la letra, Jesús plantea ahora un problema: la relación de David y el Mesías, su descendiente. ¿Cómo David le reconoce por Señor (**Kyrios o Adón**) si es su Hijo? "Y nadie le podía responder palabra", dice S. Mateo (Cap. XXII, 46). Porque no entendían la relación de los órdenes de existencia —natural, histórico y eterno. Sin embargo, ya hemos observado la grandísima importancia que tiene este pasaje para los apóstoles S. Pedro y

S. Pablo, como punto de partida en la proclamación de Jesús como Señor y Mesías (Cf. **Hechos**, II, 36). Comprender la relación de los órdenes de existencia, y el Señorío sobre ellos de "este Jesús" crucificado, es el fundamento de una sabiduría profunda, por medio de la cual se establece una verdadera jerarquía de los valores, en orden de magnitud, para regir nuestra existencia terrenal. "Mas de él sois vosotros en Cristo Jesús", escribe S. Pablo a los corintios, "el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, y justicia, y santidad y libertad..." (I **Corintios**, I, 30). Ni el samaritano, ni el escriba tenían esta sabiduría, por la cual Jesús los comprendía a los dos y los amaba a los dos. No se adquiere ni por la ciencia, ni por la filosofía, ni por la historia, sino por el **agápe** en Cristo. S. Pablo lo expone en el capítulo trece, de su **Primera carta a los Corintios**, con maravillosa precisión psicológica y diáfana síntesis expresiva: "Porque en parte conocemos y en parte profetizamos... ahora vemos por espejo, en enigma; mas entonces cara a cara; ahora conozco en parte, mas entonces conoceré como soy conocido. Ahora permanecemos en fe, esperanza y **agápe**... pero lo más importante es el **agápe**".

El pasaje de la viuda es un caso concreto de este orden de valores en Cristo, simbolizado en la frase: "los primeros serán postreros, y los postreros, primeros". Esta frase aparece por primera vez en relación con el pasaje del joven rico y el comentario del Maestro: "¡Hijos, cuán difícil es entrar en el Reino de Dios los que confían en las riquezas!" Luego, al espanto de los discípulos y a la pregunta de Pedro "¿Qué pues tendremos", Jesús contestó: "Cien tantos ahora, en este tiempo... con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna. Empero muchos primeros serán postreros, y postreros primeros" (**S. Marcos**, X, 29-31 y **S. Mateo**, XIX, 27, 30). S. Lucas recoge este dicho en su **Evangelio** al contestar a la pregunta. "¿Son pocos los que se salvan?", con la imagen de la puerta estrecha y la universalidad del Reino (Cap. XIII, 23-30). S. Mateo lo repite en la parábola de los invitados que "no eran dignos" de venir a las bodas, relacionado con el dicho "Muchos son los llamados y pocos los escogidos".

La diversidad de situaciones en que aparece la frase indica cuán profundamente impresionó a los discípulos, y revela que la inversión del orden humano de valores es un símbolo de la índole revolucionaria del Reino. La moneda con la imagen del orden humano, es el símbolo del reino de "este mundo". La expulsión de los mercaderes de la "casa de oración" es otro caso concreto en que los símbolos del orden celestial han perdido el sentido de su realidad permanente, suplantada y ahogada por el valor inmediato de la realidad transitoria y terrenal. En el pasaje de la viuda Jesús restituye el verdadero sentido al símbolo de los valores. Su ofrenda es ínfima en valor terrenal, comparada con la ofrenda de los fariseos. Pero es también el símbolo de su fe, de su adoración, del sentido religioso de todo su ser: "dió todo lo que tenía... todo su alimento" (**S. Marcos**, XII, 41-44 y **S. Lucas**, XXI, 1-4. **S. Mateo** no la menciona). Los otros adoraron con lo que les sobraba. Esta viuda hizo con su escasez lo que el joven rico no quiso hacer con su abundancia: dió todo lo que tenía al Señor de todo lo que es. Los que dan lo que sobra son víctimas de la ilusión de ser separados, de ser por sí, de la ilusión egoísta. La viuda dió su ser en Dios. El que así adora con todo su ser, es contrario al rico insensato, no hace para sí tesoros, pero "es rico en Dios"; pierde su vida para el mundo, pero la gana en Dios (Cf. **S. Lucas**, XII, 21 y **S. Mateo**, XVI, 24-26).

Por evidente asociación de temas, **S. Marcos** y **S. Lucas** pasan de la ofrenda de la viuda a la observación de los discípulos con referencia a la soberbia arquitectura del templo, y la consiguiente respuesta apocalíptica de Jesús. **S. Mateo**, que no menciona el pasaje de la viuda, pasa de la perplejidad de los escribas con respecto de la relación entre David y el Mesías al ataque de Jesús contra los fariseos. **S. Marcos** solamente alude a estos **ayes**, mencionando la ostentación de piedad de los escribas y su codicia de los bienes de las viudas. (Cap. XII, 38-40). La mención de las viudas evoca el pasaje de la ofrenda. **S. Lucas** reproduce el orden y el texto de **S. Marcos** (Cap. XX, 46-47); pero en el capítulo XI recoge el mismo material contra los escribas y fariseos que **S. Mateo** recopila en el capítulo veintitrés.

### Los ayes contra los fariseos.

En estos dichos contra los fariseos S. Mateo y S. Lucas nos ofrecen una especie de rapsodia en la cual se articulan los temas sobresalientes del pensamiento de Jesús. Desde ellos se puede comprender ese **nous** o mentalidad que hubo en Cristo, la lógica de su anonadamiento, en respuesta a lo cual Dios le ensalzó a lo sumo, para que sea adorado universalmente (Cf. **Filipenses**, II, 9-10 y **Romanos**, XII, 1-3). Es provechoso comparar el tratamiento paralelo de estos temas. En S. Lucas los dichos parecen motivados por la imputación de alianza con Satanás que hacen los fariseos a Jesús cuando éste expulsa un demonio mudo. S. Mateo relaciona con este incidente los dichos de Jesús sobre la blasfemia contra el Espíritu Santo, el árbol bueno y el árbol corrompido, y la generación de víboras, que hablan de la abundancia de su corazón (**S. Mateo**, XII, 31-37). Ambos evangelistas señalan hacia este incidente como la motivación de un dicho importantísimo: "Y si por espíritu de Dios yo echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el Reino de Dios" (**S. Mateo**, XII, 26 y **S. Lucas**, XI, 20). Se trata de un conflicto, de un rechazo mutuo entre la mentalidad del Reino de Dios y la mentalidad de "el mundo", simbolizado por los escribas y los fariseos.

En S. Mateo este conflicto se destaca por la aparente relación entre el planteamiento con referencia al rey David —"Desde aquel día nadie osó preguntarle más"— y la palabra "entonces", que encabeza la colección de dichos. El tema que imparte unidad a esta colección, en ambos evangelistas, parece ser el Reino de los Cielos. "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!", exclamó Jesús en S. Mateo, "porque cerráis el Reino de los Cielos delante de los hombres; que ni vosotros entráis, ni a los que están entrando dejáis entrar" (Cap. XXIII, 13). S. Lucas recoge una versión muy diferente, del mismo dicho: "¡Ay de vosotros, doctores de la ley! que habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrasteis y a los que entraban impedisteis" (Cap. XI, 52). La comparación de estas dos versiones permite inferir que esta "llave de la sabiduría" es la llave del Reino, que men-



ciona Jesús en el Evangelio de Mateo: "A tí daré las llaves del Reino de los Cielos..." (Cap. XXIV, 19). El que esta llave vuelva a mencionarse en el **Apocalipsis** "Y tengo las llaves del infierno y de la muerte" (Cap. I, 18). "El que tiene la llave de David..." (Cap. III, 7), —indica que en la Iglesia del segundo siglo ésta era ya una imagen aceptada universalmente. El dogma de la infabilidad papal y la doctrina de la fe implícita son las llaves del Reino en la Iglesia católico-romana.

La paradoja y el misterio, para S. Pablo, es el rechazo de este Reino precisamente por aquellos a quienes había sido confiada la llave: "la palabra de Dios les ha sido confiada" (dice en su **Carta a los Romanos**, III, 2), y también el pacto, data de la ley, el culto, y las promesas. Cuyos son los padres, y de los cuales es Cristo, según la carne..." (Ibid, IX, 1-6), por lo cual tiene "gran tristeza y continuo dolor en su corazón". En su primer discurso en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, S. Pablo explica cómo los judíos de Jerusalem no reconocieron a Jesús, el Mesías, por no entender "las voces de los profetas que se leen todos los sábados", y habiendo condenado a Jesús, cumplieron lo que de El se había escrito (**Hechos**, XIII, 27). En su **Segunda Carta a los Corintios**, al hablar del nuevo pacto (**Berith**), "no de la letra sino del Espíritu", lo contrasta con "el velo" puesto sobre el entendimiento de los judíos, "los sentidos embotados" para no comprender la lectura del **Antiguo Testamento**. "Mas cuando se convirtieron al Señor, el velo se quitará", concluye, "Y así se resolverá el misterio..." "de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos" (**Efesios**, I, 9-10). De modo que antes de Jesús la llave fue la palabra escrita —la letra— y los escribas o gramáticos "guardaban la llave del Reino, para no entrar ellos, ni dejar entrar a nadie". Pero cuando se escribió el **Apocalipsis**, Jesús tenía la llave, y la daba a S. Pedro, y la da, según S. Pablo, a todos los que pertenecen al Pacto del Espíritu: "escrito en la persona de carne viva, no en tablas de piedra, no con tinta, mas con el Espíritu del Dios vivo" (Véase también **S. Juan**, I, 12-14). El Verbo se hizo carne en Jesús, y en todos los que lo reciben y son engendrados de nuevo por la voluntad de Dios.

Este es el tema central de un incidente de los **Evangelios** que revistió gran importancia para la iglesia del primero y del segundo siglo. Simboliza la lucha fronteriza entre dos órdenes de existencia, el histórico, al cual pertenecen los escribas, fariseos, sacerdotes, levitas, saduceos, herodianos, Pilato y Herodes; y el eterno, el anunciado por Juan el Bautista y por el profeta de Nazaret. Los dichos recopilados por S. Mateo y S. Lucas, muestran todas las evidencias de ser auténticos. S. Lucas aun conserva el sincretismo aparentemente absurdo del verso 41: "Empero de lo que os resta (**plen enontós**)dad limosna; y he aquí todo os será limpio", en lo cual parece resonar un eco del incidente de la viuda, si tomamos en cuenta la referencia a las ofrendas que subsigue, y que aparece también en S. Mateo. "Ofrendad la abundancia de vuestro ser", parece decir Jesús, recordando el **epiousión** del Padre Nuestro, "y no solo el interior y el exterior, sino la totalidad de vuestra existencia será limpia, o sea, agradable, digna de ser ofrecida a Dios (Cf. **Carta a los Romanos**, I, 1). También en S. Lucas se conserva la observación increíblemente cándida del doctor de la ley: "Maestro, cuando dices esto, también nos afrentas a nosotros", es decir, a tus amigos, a los que te hemos invitado a comer. El evangelista parece no distinguir entre estos "amigos" y los fariseos y escribas que "le apretaban en gran manera, y le provocaban a que hablase de muchas cosas; acechándole y procurando cazar algo de su boca para acusarle" (vrs. 53-54).

Mientras no haya un cambio de **nous** o mentalidad que transforme todo el ser, como si naciera de nuevo en otro orden de existencia, da lo mismo que el fariseo, o el escriba, sea amigo o enemigo, no entienden la palabra encarnada y no pueden participar en ella. Los que creen entenderla son para ellos, "ese vulgo (**jutos ochlos**; "**turba haec**") que no saben la ley, y no son santos" (S. Juan, VII, 49), Jesús, por el contrario, devuelve a los aristócratas, conocedores de la letra y hacedores del culto externo, la misma imputación que ellos hacen a "la mucha multitud" que le oía con gusto (S. Marcos, XII, 37). Después de poner al descubierto su insinceridad y su temor a ese mismo vulgo, planteándole la cuestión del bautismo

de Juan; la superficialidad de su sabiduría aparente y la profundidad de su ignorancia real; al plantearle la relación de David y el Mesías, Jesús concluye: "Erráis por ser ignorantes de las Escrituras y del poder de Dios" (S. Mateo, XXII, 29), y les recomienda escudriñar las Escrituras, porque ellos creen tener en ellas la vida eterna, ya que se imaginan poseer la inteligencia del Torah, pero la letra de los escribas es, en su real verdad, un testimonio para entender y aceptar a Jesús, como la puerta que se abre hacia el orden de la vida eterna (S. Juan, V, 39 y X, 9; S. Mat. VII, 14; S. Lucas, XIII, 24). Por ello, el último acto de Jesús, al despedirse de sus discípulos, fue abrirles el **nous** (sentido) para que entendiesen las Escrituras —la necesidad de la encarnación de la palabra, la muerte y la resurrección del Verbo Encarnado— y para que predicasen, en consecuencia de su nuevo entendimiento, la **metanóia** (es decir el nuevo modo de comprender los otros dos órdenes de existencia desde el punto de vista del Reino de Dios, el tercer orden de existencia). Este es el primer tema de la predicación del Reino; y el segundo tema es la liberación del modo de vida exterior, es decir, del pecado (S. Lucas, XXIV, 45-48). Los discípulos son la verdad viva, la evidencia, los testigos de este orden de cosas, que solamente se sabe cuando se vive inmerso en la fe, en la esperanza y en el amor. La vida natural existe en el oxígeno de la atmósfera, sin saber que vive; la vida histórica vive en la atmósfera de la cultura, creyendo saber; la vida eterna vive en el amor de Dios, por el cual todas las cosas subsisten, y por tanto contiene el saber secreto de la existencia de todas las cosas.

Jesús no menoscaba esta realidad de la ignorancia de los sabios y los entendidos, y del mal que de ellos se deriva. Este es el fondo de las parábolas de los labradores malvados, los invitados que no eran dignos, y los talentos. S. Pablo, perplejo ante esta resistencia del error, la falsedad y el mal, la convierte en la doctrina de la salvación por gracia, justificación por la fe, elección y predestinación. Jesús es menos abstracto y busca en el primer orden de existencia la analogía para iluminar el tercer or-

den: "O haced el árbol bueno, y su fruto bueno, o haced el árbol corrompido, y su fruto dañado; porque por el fruto es conocido el árbol" (S. Mateo, XII, 33).

Cuando partimos de la proclamación del Reino de los Cielos como tema nuclear de la mentalidad de Jesús, todos los demás temas quedan articulados en un cuerpo coherente. Estos tres órdenes de existencia —la carne, el mundo y el Reino— se dan simultáneamente en tres tiempos: el del lirio del campo y las aves de los cielos (el tiempo natural), el de Pilato, Herodes y el templo (el tiempo histórico), el de Jesús y la Iglesia, (el tiempo eterno). El de Jesús y la Iglesia absorbe y transfigura los otros dos tiempos. La existencia natural se perpetúa por el afecto **eros**; la mundana o histórica, por el **eros** y la **filia**; la celestial por el **agápe**, que ilumina y engrandece los otros dos afectos. Los lirios y los pájaros proceden por un saber que los viste y los alimenta mejor que a Salomón el suyo; los hijos del Reino proceden por el saber del **agápe**, como los niños por el saber **eros** y el **filia**, en virtud de la fe. En la amplitud serena de esta articulación se verifican las meditaciones del Cuarto Evangelio, que consideraremos más adelante.

En este perícopete contra los escribas, los fariseos y los sacerdotes se reúnen, por contraste, los temas o puntos de fricción entre estos tres órdenes de existencia:

1) esta es una mala generación 2) concede mayor importancia a los valores aparentes que a los reales 3) pretenden ser los primeros en todo 4) deforman el sentido de la ley 5) yerran la sabiduría profética.

1. El comienzo de S. Lucas es abrupto y violento:

"Y juntándose las gentes a él, comenzó a decir Esta generación mala es..." S. Mateo es elegante y pausado: "Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y los fariseos". Lo de **mala generación** no aparece hasta el final del discurso, en el lenguaje profético de El Bautista: "¡Serpientes, generación de víboras! ¿cómo evitaréis el juicio del infierno?" El recuerdo del Bautista evoca

la memoria de otros profetas mártires, y la endecha final sobre Jerusalem, con cita del mismo Salmo, de la entrada del domingo de ramos: "¡Jerusalem, Jerusalem, que matas a los profetas, y apedreas a los que son enviados a tí!... He aquí vuestra casa os es dejada desierta". Ya en su versión de la blasfemia contra el Espíritu Santo y el dicho del árbol bueno y el árbol maleado, S. Mateo había recordado esta misma frase: "Generación de víboras, ¿cómo podéis hablar bien, siendo malos? porque de la abundancia del corazón habla la boca" (S. Mateo, XII, 34-37). "No hagáis conforme a sus obras porque dicen y no hacen", advierte Jesús (Cap. XXIII, 3). Esta contradicción de la palabra buena y el pensamiento (corazón) y las obras pervertidas expresa la desintegración, la falta de integridad del escriba y el fariseo. Esta es la casa dividida contra sí misma, a la cual alude Jesús devolviéndole a los fariseos su propia acusación de alianza con Satanás. Solamente la Soberanía del Reino de los Cielos puede cambiar "el árbol maleado" al integrar los tres órdenes de existencia en Uno, en virtud de "la fe que obra por agápe" (Gálatas, V, 6).

2. S. Lucas intercala en este discurso la invitación a la cena de un fariseo amigo, y de ahí el motivo para establecer el contraste entre la observancia de la ceremonia exterior y la anulación de su sentido interior: "lo de fuera del vaso y del plato limpiáis, más lo interior de vosotros está lleno de rapiña y maldad" (Cap. XI, 39). En este punto la versión de S. Mateo es más completa y más violenta que la de S. Lucas. "Sois semejantes a sepulcros blanqueados... De fuera os mostráis justos a los hombres; mas de dentro llenos estáis de hipocresía e iniquidad" (Mateo, XXIII, 27-28). El dicho "Todas sus obras hacen para ser mirados de los hombres" (Cap. XXIII, 25), recuerda la misma observación, más elaborada, en el Sermón del Monte (S. Mateo, VI, 1-8). Tu Padre secreto, interior,

se manifestará en lo exterior. Este contraste, y a la vez relación, entre la acción simbólica de una vida secreta, conduce al concepto del hombre interior, núcleo del pensamiento del apóstol Pablo Cf. **Romanos**, VII, 22; **II Corintios**, IV, 16-18 y **Efesios**, IV, 24).

3. Este predominio de la apariencia visual sobre el sentido oculto de la fe es justamente lo que distingue la mentalidad estética griega de la auténtica religiosidad del profetismo hebreo. Las palabras del apóstol Pablo, que acabamos de indicar, señalan hacia esa integración de los tiempos en la eternidad y al contraste de la mentalidad visual, o estética, con la interior, o de fe: "Porque lo que al presente es momentáneo y leve de nuestra tribulación, nos obra un sobremanera alto y eterno peso de gloria. No mirando nosotros a las cosas que se ven, sino a las que no se ven, porque las cosas que se ven son temporales, mas las que no se ven son eternas" (**Segunda Carta a los corintios**, IV, 18). Lo propio ocurre en el famoso encuentro del apóstol Tomás y Jesús resurrecto: "Porque me has visto", dícele el Maestro, "creis-te, bienaventurados los que no vieron y creyeron" (**S. Juan**, XX, 24-29). El régimen de la apariencia lleva a los fariseos a preferir los primeros puestos en todo, a querer ser llamados Maestros y Padres. "Mas uno es vuestro Maestro, el Mesías; y todos vosotros sois hermanos", enseña Jesús. "Uno es vuestro Padre, el cual está en los cielos" (**S. Mateo**, XXIII, 8-12 y **S. Lucas**, XI, 43). "En el Reino del Padre el mayor sirve al menor; los primeros son postreros y los postreros, primeros; porque todos son creados de nuevo, y creados iguales". Esa "igualdad" de la **Declaración de la Independencia** de las trece colonias, es un hecho real solamente en el orden del Reino de Dios, el cual nos llega con la encarnación del Mesías, y desde entonces transcurre simultáneo con los otros dos órdenes.

4. El t astrueque del sentido espiritual del Torah, tema básico del **Sermón del Monte**, es otra consecuencia del predominio del juicio visual. La vanidad de la ceremonia exterior, la controversia sobre el sábado y el valor de la ofrenda fueron símbolos de este tema. El incidente de la viuda, el cual Mateo no incluye, está aludido, sin embargo, en este discurso: “¡Ay de vosotros escribas y Fariseos, hipócritas porque coméis las casas de las viudas y por pretexto hacéis larga oración: por esto llevaréis más grave juicio!” (verso 14). Este verso es tomado del mismo pasaje de **S. Marcos**, XII, 38-40, que también S. Lucas incorpora en su **Evangelio** (Cap. XX, 46-47), y que precede al incidente de la ofrenda de la viuda. El cruce mental es evidente. Pero en el discurso, el dicho verdaderamente significante es el comentario: “diezmáis la menta, y el eneldo, y el comino y dejasteis lo que es lo más grave de la ley: el juicio y la misericordia (**jesed**) y la fe: esto era menester hacer, y no dejar lo otro” (**S. Mateo**, XXIII, 23 y **S. Lucas**, XI, 41-42). La versión de S. Mateo lleva trazas de ser más fiel a la **ipsissima verba** del Maestro. La menta, y el eneldo, y el comino, símbolos de los pequeños detalles —la **tilde** y la **yod** de la ley— (**S. Mateo**, V, 18), han oscurecido el juicio, el agápe y la fe, al espíritu que informa e ilumina toda la ley, y los tres órdenes de existencia, integrándolos en **Uno**. “No dejar lo otro”, porque el orden del Reino eterno no excluye, sino articula e ilumina toda la Creación, que es imagen de la Trinidad creadora. La blasfemia contra el Espíritu Santo consiste en que aquellos que hacen profesión de ser maestros de la ley oscurecen, con su “sabiduría”, el juicio, el agápe y la fe que iluminan, no sólo la ley, sino también toda existencia.

Este es el sentido de una enseñanza de la iglesia del primer siglo, expresa en la **Segunda carta a los Tesalonicenses**, y que en los oídos modernos suena a fantasía: antes de la **Parousia**, o segunda venida triunfal de Cristo, ocurrirá la grande apos-

tasía, "y se manifestará el hombre de pecado, el hijo de perdición... tanto que se asiente en el templo de Dios como Dios, haciéndose parecer Dios... **El misterio de iniquidad...** cuyo advenimiento es según Satanás..." (Cap. II; 3-10). En lenguaje moderno, el misterio de iniquidad es la desviación de la libertad de pensamiento, fundamento de todas las libertades, en reconocimiento de la capacidad del ser humano para descubrir la verdad y simbolizarla en creaciones culturales. El abismo del Negador se disfraza de ángel de luz y usurpa el altar del santuario, para usar el lenguaje de S. Pablo (II **Corintios**, XI, 14).

"La hora viene, y ahora es", declara Jesús a la Samaritana, "cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que le adoren" (S. **Juan**, IV, 21-24). Y este dicho lleva la marca de autenticidad en la frase anterior: "la salud viene de los judíos". Jesús reconoce la realidad efectiva y concreta de este misterio, verdadera raíz de toda maldad, y que consiste en transformar la capacidad para la verdad libertadora, en instrumento de engaño de sí mismo, en primera instancia, luego de error y engaño en cuanto a la conducta para con el prójimo, y finalmente en la esclavitud del pecado. Con razón el apóstol Pablo declara "bienaventurado" al que no se condena a sí mismo con lo que aprueba (**Romanos**, XIV, 22), porque ve contestado en ello el último ruego del Padre Nuestro: "líbranos del Malo".

5. La resistencia o negación hacia el Espíritu guiador de la verdad (Cf. S. **Juan** XVI, 13), obscurece el potencial de sabiduría del ser humano y la sabiduría misma, acumulada en el **Torah**, los **Profetas** y las **Escrituras** (Cf. S. **Lucas**, XXIV, 27). "¿Qué es del sabio? ¿qué del escriba? ¿qué del escudriñador de este siglo?", pregunta S. Pablo. "¿No ha enlo-



quecido Dios la sabiduría del mundo?" (I **Corintios**, I, 20). Por su sabiduría, el mundo, es decir, la cultura histórica y social, no ha conocido la **sabiduría** de Dios, y ahora place a Dios salvar a los hombres por la predicación del Evangelio, que constituye un obstáculo para los judíos, y un absurdo para los griegos; pero para los llamados, ese mismo Evangelio es sabiduría y poder de redención universal.

El escriba, el sacerdote, el doctor de la ley y el profeta son los Padres y maestros de Israel. El sabio intérprete de la ley y los profetas— deja en el texto sagrado el **Eclesiastés**, los **Proverbios**, **Job**, **Crónicas**, **Reyes**, **Josué**, **Samuel**, y es él quien selecciona y da forma al **Torah**, los **Profetas** y las **Escrituras**. Con razón dice de ellos Jesús: "vosotros cargáis con la llave de la sabiduría" (**S. Lucas**, XI, 52). Ellos son para Israel como el ojo para el cuerpo, receptores de luz. El enigmático dicho que S. Mateo incorpora en el **Sermón del Monte**, S. Lucas incluye en este discurso: "La antorcha del cuerpo es el ojo; pues si tu ojo fuere simple, también todo tu cuerpo será resplandeciente; mas si fuere malo, también tu cuerpo será tenebroso" (Cap. XI, 34). "Si la lumbré que en tí hay son tinieblas", dice la versión de S. Mateo "¿cuántas serán las mismas tinieblas?" (Cap. VI, 23). Y añade la razón por la cual las tinieblas destruyen a la luz: por querer servir simultáneamente a dos Señores, a Dios y a las riquezas. El doctor de la ley, el ojo de Israel, engeguese de egoísmo, y viene a ser "ciego guía de ciegos" (**S. Mateo**, XV, 14). "¡Ay de vosotros, guías ciegos. . . insensatos y ciegos! . . . que coláis el mosquito, mas tragáis el camello".

Y como los ciegos, los rabinos también piden señales, y no pueden ver la óptima señal que está presente, uno mayor que Jonás, mayor que Salomón, y mayor que el sábado y mayor que el templo (**S. Lucas**, XI, 29-32). No pueden reconocer el len-

guaje de Jesús, ni oír su palabra (**S. Juan, VIII, 43**), porque sólo aquel que es de la verdad oye su voz (**Idem. XVIII, 37**). Citando de **la sabiduría de Dios**, Jesús condena a estos sabios que pretenden guardar la llave: "a esta generación será demandada la sangre de todos los profetas" (**S. Lucas, XI, 50**). Por esta razón Jesús endecha sobre Jerusalem: "¡Cuántas veces quise juntar tus hijos como la gallina junta sus pollos debajo de las alas!" (**S. Mateo, XXIII, 37**).

San Mateo hace culminar en este discurso la enseñanza de Jesús con respecto al Reino de Dios. Su estructura y su presencia inminente resalta por el contraste con su desarrollo histórico, del cual los fariseos, escribas, doctores de la ley y sacerdotes han venido a ser el enigmático final. Los actos simbólicos, que se inician enseguida con la cena, en el hogar de Lázaro, llegaron a su clímax en la crucifixión.

### Las meditaciones del Cuarto Evangelio.

Ya hemos indicado que el cuarto Evangelio es el de una iglesia, tal vez la de Efeso, la cual habla en primera persona plural cuando dice: "Y sabemos que su testimonio es verdadero" (**S. Juan, XXI, 24**). S. Juan, el discípulo a quien Jesús amaba (**Cap. XIII, 23 y XXI, 20**), predicó este Evangelio en la iglesia por más de medio siglo después de la muerte de Jesús. A raíz de la muerte del apóstol Pablo, esta iglesia recogió e hizo circular algunas de las cartas, luego se publicaron los **Evangelios** sinópticos, y esta iglesia se sintió motivada para reconstruir y circular el Evangelio del discípulo amado del Señor. Este **Evangelio**, más que los sinópticos, sigue la técnica del mosaico: poner lado a lado los brillantes fragmentos (perícopes) de la tradición apostólica —los hechos y los dichos de Jesús— para que, apoyados unos en otros, tomen todos en la mente del lector, la forma de un testimonio sólido. Esta misma técnica se usó antes para componer la **Carta a los Efesios**. Una comparación del

estilo de esta **Carta** y el del **Cuarto Evangelio** es muy provechoso para comprender el testimonio.

Los cuatro capítulos donde se editan los dichos que hemos llamado "Las Meditaciones del Cuarto Evangelio", siguen al final del capítulo trece en el cual se hace una magnífica reconstrucción del ambiente, intenso y misterioso, que precedió al arresto de Jesús. Había terminado la cena pascual, que Jesús quiso celebrar por adelantado con sus discípulos; pasó el acto simbólico del lavatorio y el Maestro, sentado otra vez, y rodeado por sus discípulos, predice la traición de Judas, la proximidad de su cricifixión y la participación de sus elegidos en su muerte: "Desde ahora os lo digo antes que se haga, para que cuando se hiciere creáis que yo soy" (S. Juan, XIII, 19.). Sigue inmediatamente la proclamación de la Unidad entre la iglesia, los apóstoles y Dios, el Padre, por la mediación del Verbo encarnado en Jesús: "El que recibe al que yo enviaré, a mí recibe; y el que a mí recibe, recibe al que me envió". Esta unidad se ve amenazada por la incomprensible traición de Judas. "Ninguno de los que estaban a la mesa entendió" las palabras de Jesús dirigidas a Judas: "Lo que haces hazlo presto". El evangelista lo explica en retrospectiva, y recuerda la extraña relación que el Maestro estableció entre su muerte sacramental y la manifestación (glorificación) de Dios: "Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él". En consecuencia, el Maestro insiste en la función reveladora del **agápe**, para que tanto los discípulos como la iglesia entiendan esta relación entre la muerte y la intención redentora de Dios, que ahora no comprenden: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuvieseis agápe los unos con los otros" (Cap. XIII, 35). Pedro hace protestas de lealtad: "Mi alma pondré por ti", y Jesús le recuerda la flaqueza de la intención humana: "Antes de amanecer me habrás negado tres veces".

Antes de la salida al huerto del Gethsemaní, el cuarto **Evangelio** intercala cuatro meditaciones: las moradas, la vid verdadera, la venida del Espíritu de verdad y la oración intercesoria. Aunque estos dichos están reconstruídos con la misma técnica de mosaico, la atmósfera

general que envuelve los acontecimientos de la pasión les imparte unidad. Los temas son los mismos que ya hemos aislado: en primer lugar la muerte inminente y por ella la manifestación del poder del Reino de Dios: "Padre, la hora es llegada; glorifica a tu hijo, para que también tu hijo te glorifique; como le has dado la potestad (**exousía**) de toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. Esta es la vida eterna: que te conozcan, el solo Dios verdadero, y a Jesucristo, al cual has enviado" (Cap. XVII, 1-3). Estas son las primeras palabras de la "Oración Intercesoria", palabras litúrgicas de la Iglesia primitiva, como los primeros catorce versos de este mismo **Evangelio**. En ella se expresa el único artículo del Credo de la Iglesia: "Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí, no imputándole sus pecados, y puso en nosotros la palabra de reconciliación" (II **Corintios**, V, 19). El Dios Verdadero, el único entre la multitud de dioses paganos, se anonada, se reduce a sí mismo, para manifestarse en carne, débil, enferma y mortal: "hallado en la condición como hombre" (**Filipenses**, II, 8). Y este hombre, llamado Jesús Nazareno, fue tentado en todo, según nuestra semejanza" (**Hebreos**, IV, 15). La mayor de estas tentaciones es la muerte, el terror inconsciente, subconsciente y consciente del no ser, y la desviada afirmación del ser que, en ausencia de la fe, conduce al error del pecado. Por lo cual la tentación de Jesús es "sin pecado" porque en él nunca faltó la fe.

La fe cristiana asume la forma de esta paradójica tensión polar: en el estrecho límite del **no ser** humano encarna "la plenitud de la divinidad corporalmente" (**Colosenses**, II, 9). Este lenguaje ontológico podría parecer ajeno a la índole pragmática de la fe, pero son las palabras textuales del apóstol Pablo: "Lo necio del mundo escogió Dios... lo flaco del mundo... lo vil y lo menospreciado... **lo que no es**, para deshacer lo que es: para que ninguna carne se jacte en su presencia" (I **Corintios**, I, 28-29). Este fundamento metafísico del Credo fragua en las palabras resignadas de Jesús, pronunciadas en el Gethsemani, poco antes de su arresto: "Velad y orad, para que no entréis en tentación: el espíritu a la verdad es presto, mas la carne enferma... Dormid ya y descansad:

basta, la hora es venida: he aquí, el Hijo del hombre es entregado en manos de los pecadores" (**S. Marcos**, XIV, 34-41). No es este un reproche, sino "una declaración de hecho", como se dice en lenguaje científico. En el apóstol Pablo esta polaridad del espíritu y de la carne alcanza una profundidad abismática: "el pecado sobremanaera pecante... la ley espiritual, el hombre carnal... Tengo el querer, mas el efectuar el bien no lo alcanzo... Veo otra ley en mis miembros que se revela contra la ley de mi espíritu..." Y esta ley es como la muerte en forma de cuerpo grávido "Con el nous sirve a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado" (**Romanos**, VII, 12-21).

Este es el misterio esencial que ni el saber según la carne, ni el saber de la ley escrita (la historia y la cultura) pueden entender: la grandeza de Dios se engrandece (se glorifica) humillándose Dios mismo y por la fe que el penitente ponga en el anonadamiento de Dios en Cristo, Dios encarna también en él, así como en Pilato, en Herodes, en Anás, en Caifás, en Pedro, que le niega, y en Judas, que le vende. "Aquel Verbo se hizo carne y habitó en nosotros", es decir, en este cuerpo de muerte (**S. Juan**, 114). De igual modo el cristiano se engrandece cuando se humilla en beneficio de su semejante mortal y enemigo. Dios ensalzó a Jesús a lo sumo (**Filipenses**, II, 9), y al cristiano también; porque esta es la ley del espíritu: el que así se humilla es ensalzado por Dios (Cf. **S. Mateo**, XXIII, 12; **S. Lucas**, XIV, 11; **I Pedro**, V, 5 y **Santiago**, IV, 6). Es difícil explicar, en abstracto cómo funciona esta ley en la persona actual; pero éste es el **Nuevo Mandamiento**, proclamado por Cristo para ensanchar e iluminar la ley escrita: Que "el **agápe** sea auténtico" (Cf. **Romanos**, XII, 9 y **I Corintios**, XIII). "La ley por Moisés fue dada; la gracia y la verdad por Jesucristo fue hecha" (**S. Juan**, I, 17), dice el cuarto evangelista. "Fue hecha", es decir, fue **engendrada**, por un proceso vital. **La gracia**, el agápe por el cual Dios encarna en la estrechez humana, crece hacia la verdad. "Ahora entendemos", dicen en un momento los discípulos; "no entendemos", dicen más tarde; pero aman siempre. La dialéctica del entender y no entender, nutrida por la gracia, engendra

la verdad. De esa plenitud del Verbo hecho carne tomamos todos (**S. Juan**, I, 16). Y la participación de la gracia de Dios manifiesta en Cristo es la vida eterna en el cristiano: "Esta es la vida eterna, que te conozcan el solo Dios verdadero, y a Jesucristo, al cual has enviado".

La autenticidad del Credo se certifica por contraste con el Anticristo. "Hijos", escribe S. Juan, tal vez desde Efeso, "este es el tiempo último (**el escatón**), y el Anticristo ha de venir, y como ahora hay muchos anticristos, sabemos que estamos en el **escatón**. . . El Anticristo es el que niega la relación del Padre y del Hijo, y por tanto niega que Jesús es el Mesías. . ." (**I Juan**, II, 18-23). "Todo espíritu que no confiesa que Jesucristo es venido en carne, no es de Dios, sino del Anticristo. . ." (Cap. IV, 3). "Muchos engañadores son entrados en el mundo, los cuales no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Este tal el engañador es, y el Anticristo".

"Ya no hablaré mucho con vosotros", les advirtió Jesús a sus discípulos (**S. Juan**, XVI, 30). Por tanto, lo que hable será para fortalecer este artículo único del Credo original, en el cual se funda la vida eterna: "que te conozcan, el solo Dios Verdadero, y a Jesucristo. . ." El Anticristo es el que engaña, negando que Dios encarna en el cristiano, porque tampoco encarnó en Cristo. Pero este conocer no es teórico, al modo griego, ni según la carne, sino vivencial, a imagen del matrimonio, e iluminado por el Espíritu (cf. **Efesios**, V, 25, 32). Esta analogía se presenta con frecuencia en la mente del Apóstol Pablo. "Hijos míos", escribe a los gálatas: "que vuelvo otra vez a estar de parte de vosotros, hasta que Cristo sea formado en vosotros" (Cap. IV, 19). "Aunque tengáis diez mil ayes en Cristo", escribe a los corintios, "no muchos padres, que en Cristo Jesús yo os engendré por el evangelio" (**I Corintios**, IV, 15).

Estas últimas meditaciones de Jesús tienen un propósito: para que no se turbe el corazón por los muchos detalles, como el de Marta, ni se turbe por miedo, como el de los discípulos, cuando ven a Jesús caminar sobre la tempestad. (**S. Mateo**, XIV, 2-27). Conocer la encarnación de Dios, es conocerla en uno mismo, en su vida,

y conocerla en uno es saberla en Cristo, por la fe vivencial, la cual se abstrae luego en ideas teológicas. **El Evangelio** es la dinámica por la cual Dios salva a todo aquel que cree (**Romanos**, I, 16). Creer es aceptar y vivir por la gracia de Dios, manifiesta al encarnar en Cristo, para que encarne también en la miseria humana, y tomar todos de la plenitud de Dios, la gracia de su gracia (**S. Juan**, I, 16). El obispo de la iglesia de Efeso escribe: "El que dice que está en él, debe comportarse como él... El que dice que está en luz y aborrece a su hermano, el tal aún está en tinieblas. El que ama a su hermano, está en luz, y no hay tropiezo en él..." (**I Juan**, II, 16 sqts.). Es decir, el saber de ese artículo único de la encarnación es cosa de agápe. "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano está en muerte... En esto conocemos que somos de la verdad y tenemos nuestros corazones certificados delante de él... y este es su mandamiento, que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado. Y el que guarda sus mandamientos está en él, y él en él. En esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado" (**Id.**, III, 14-24).

Estas últimas meditaciones de Jesús calaron muy hondo en la sensibilidad del discípulo amado. Medio siglo de **Koinonía**, de comunión en Espíritu de amor y de saber, en la iglesia de Efeso, le hacen recordar la promesa, hecha en esa solemne ocasión: "Y yo rogaré al Padre, y él os dará otro Amigo y Compañero (Paracleto), al Espíritu guiador a la verdad... él os enseñará todas las cosas que os he dicho" (Cap. XVI, 16 y 26). Tal parece que el Maestro usara un lenguaje especial y topográfico para provocar la pregunta de Santo Tomás: "Si os aparejare lugar" (**topos**, una palabra referente a la más cruda realidad, pero unida con deliberación a la categoría de la persona, la más inmaterial de todas), "os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy vosotros también estéis... Y sabéis **donde**, y el **camino**". De ahí la pregunta de Santo Tomás, el visual, teórico y naturalista: "No sabemos... **cómo** podemos saber el camino" Y la de-

manda de San Felipe: "Muéstranos al Padre". Estas son las preguntas que los griegos visuales planteaban constantemente al discípulo amado en la iglesia de Efeso.

Las contestaciones de Jesús —personales y eternas— resuenan a través de los siglos como el claro clamar de una campana. Yo, la encarnación del Verbo Creador, del Padre, Yo soy el camino; esa vivencia os conducirá a la verdad vital, hacia el último orden de existencia, la vida eterna. "Yo soy en el Padre y el Padre en mí... El Padre, que está en mí, él hace las obras" e inspira las palabras. Creed mis obras y mis palabras, y tendréis mi propia experiencia, por medio del **ágape**. Esta es la **koinonía**, la comunión por el Espíritu de Dios, que animará vuestra nueva vida simbolizada por la iglesia frente al resto del mundo. Vosotros me veréis como el mundo no puede verme, por la calidad de vuestra vida, "porque yo vivo, así vosotros también viviréis". Así conoceréis esta relación: "Yo en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros". Esta es una realidad de **agápe**, no de visión o teoría abstracta: "el que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él..." Este entenderá mi palabra y la vivirá, y vendremos a él y haremos con él morada". Así habrá entre vosotros paz y gozo, muy diferente a lo que ocurre en el mundo. Esta paz y este gozo expulsará el miedo y la turbación. Es la única manera como podemos educar al mundo... Aquí termina esta meditación. El Maestro se levanta e invita a sus discípulos a caminar un poco.

Es muy importante esa permanencia en el Espíritu compañero. "Permanece (**menein**) con vosotros, y será (**eimí**) en vosotros". Es el promotor de la unidad, la paz y el gozo, la serenidad y el valor, guiando hacia la verdad vital por medio del **agápe**, engendrado el **agápe** en el creyente por la fe en el **agápe** de Dios, manifestado cuando encarnó en Jesús de Nazaret. Este es el Evangelio que el mundo debe conocer y aceptar. Y estos son los temas que se subrayan en las otras tres meditaciones.

La segunda meditación describe el proceso del Reino de Dios en la Iglesia; la tercera, en conflicto con el mun-



do; y la cuarta, la victoria final del Reino. El proceso vital del Reino en la Iglesia es como el de una vid. Jesús es la vid, Dios, el Padre, es el viñador, los cristianos y las iglesias son los sarmientos. En el curso de la historia esta vid es como la zarza de Moisés, arde sin consumirse. Pero algunos sarmientos son estériles porque no circula en ellos el **agápe**. Se secan, el viñador los corta y entonces se consumen en el fuego del tiempo histórico. "Estad en mí y yo en vosotros". Esta es la Ley del Reino, la comunión de personas en **ágape**. El que en mí no estuviere se secará..." Ya vosotros sois limpios por la palabra que os he hablado". Esta ley es para vivir dentro, en secreto, y frutecer fuera; no es letra muerta y exterior, sino palabra en la vida interior. "Estas cosas os he hablado para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido... Que os améis los unos a los otros como yo os he amado". No es la relación del esclavo de la ley, sino del amigo del Señor. "No me elegisteis vosotros a mí, yo os elegí a vosotros..." Y en esta relación de **agápe**, el Espíritu amigo guiará a la Iglesia hacia comprender la verdad del **agápe** encarnado primero en Jesús y luego en sus discípulos, "porque estáis conmigo desde el principio". ¿Que principio? Tal vez el **bereshith** del **Génesis**, el comienzo del tiempo **telos**, palabra con la cual se abre el cuarto **Evangelio**; porque las cosas del tiempo **cronos** existen separadas en el tiempo **kairos**; pero las personas unidas por el **agápe**, existen desde siempre en la plenitud del tiempo de Dios.

En su tercera meditación el Maestro establece un contraste entre la relación interna de la vid, y su tensión con la Ciudad Terrenal. La vid es el proceso del Reino en tiempo histórico, el proceso del efecto **agápe** en un mundo regido por el afecto natural, el **eros** de la carne, y el afecto **filía** de la cultura. La palabra del **agápe** de Dios encarnado, vivida por los discípulos, en la **koinonía**, efectuada por el Espíritu integrador, frutece en satisfacción, serenidad, paz y crecimiento espiritual. La Iglesia no es del mundo, pero está en el mundo y este es un Reino terrenal, regido por el amor de sí mismo, el cual deforma la verdad en beneficio propio, haciéndola parcial y con-

trahecha, falsa y engañadora. Esta mentira ilusa combate contra la verdad auténtica del **agápe**, y logra desviar a muchos discípulos. El propósito de estas meditaciones de Jesús es fortalecer a los discípulos contra estos obstáculos —escándalos en griego. Ya en la escena del lavatorio, refiriéndose a la traición de Judas, Jesús les había advertido: “Desde ahora os lo digo antes que se haga, para que cuando se hiciere creáis que yo soy” (Cap. XIII, 19). El que es, Aquél que tiene existencia por sí y en sí, es Señor del tiempo y del acontecer histórico, de la duración abstracta y del acontecer vivo que la llena y lo anticipa, “Para que cuando se hiciere creáis que yo soy”. Estas palabras se intercalan otra vez en la primera meditación —de las moradas (Cap. XIV, 29). En la tercera meditación la anticipación de este conflicto llega a su expresión máxima; ocupa en el cuarto **Evangelio** el lugar del discurso apocalíptico de los **sinópticos**.

El amor de sí mismo, desviado del **agápe** de Dios, engendra temor, recelo, odio hostil y agresividad. El crimen de Caín es consecuencia del pecado de Adán (I Juan, III, 12). “Aun viene la hora”, anticipa Jesús, “cuando cualquiera que os matare, pensará que hace servicio a Dios. Y estas cosas os harán, porque no conocen al Padre ni a mí”. Y la vida eterna, la del **agápe** es “conocer el solo Dios verdadero”, encarnado en Jesucristo (Cap. XVII, 3). En la meditación anterior Jesús había explicado el origen de este odio: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí aborreció antes que a vosotros. . . Si a mí me han perseguido, también a vosotros perseguirán. . . porque no conocen al que me ha enviado. Si no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado, mas ahora no tienen excusa de su pecado” (S. Juan, XV, 18 sqts.). Al rechazar o ignorar el único artículo de fe del **Credo** primitivo, la encarnación del Verbo por **agápe**, el efecto **eros** se desboca, y corrompe el afecto culto, el amor de sí mismo desviado conduce al odio disimulado y al crimen. El **agápe**, por el contrario, destruye la sensación de amenaza contra el yo, y transforma el afecto **eros** y el afecto **filía** en amor de Dios, en la gracia y la verdad. “En el amor

no hay temor”, dice el obispo de Efeso, “el que ama a Dios, ama también a su hermano” (I Juan, IV, 18-21).

Esta tensión, incomprendida por los discípulos, produce tristeza; pero el saber de la fe y del **agápe** la transformará en gozo, de una calidad muy diferente al del mundo. “De cierto os digo que vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; empero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se tornará en gozo... Otra vez os veré, y se gozará vuestro corazón, y nadie quitará de vosotros vuestro gozo” (Versos 20 y 22). Este gozo permanente se origina en la comprensión cabal por la fe y el **agápe**, y por tanto el Maestro concluye: “Aquel día no me preguntaréis nada”. Recordemos la última relación lingüística y vivencial, del **gozo** y la **gracia**, —**chará** y **cháris**.

Pero **aquel día** está aun remoto, a la distancia del fin del tiempo histórico. Mientras tanto el Espíritu, compañero y guiador, se infunde en la vida de la Iglesia, lo cual constituye el proceso del Reino de Dios. “Un poquito, y no me veréis y otra vez un poquito, y me veréis”, dice Jesús; y los discípulos comentan: “No entendemos lo que habla”. Jesús habla en lenguaje del **Apocalipsis**, de su revelación en el tiempo. Un **mikron** de tiempo, y otro **mikron** de tiempo, y se va manifestando el Reino: no me veréis y luego me veréis. Este es su lenguaje en **proverbios**. “La hora viene cuando ya no os hablaré en proverbios”, dice el Maestro (verso 25), y les habla de su tránsito entre el Dios Padre y el **mundo**. “Ahora entendemos...”, afirman los discípulos. Pero el Maestro sabe que aun no entienden y por tanto, llegado el momento, le dejaron solo. “Mas no estoy solo”, dice, “porque el Padre está conmigo”. Este es el misterio nuclear de la fe, “estar en Dios”. Esta es también la fuente de la paz interior y la victoria exterior. La vida del cristiano en el mundo es aflicción, “mas sed valientes”, concluye Jesús, “yo he vencido al mundo”.

El escritor de la **Carta a los hebreos** describe la fe del cristiano como “lo que sostiene nuestra esperanza por convencimiento (**elenkós**) de lo que no se ve” (Cap. XI, 1). Así ve Jesús lo que aun no se ve, su victoria en el mundo,

como ya realizada. Pero los discípulos los ven y entienden en un **mikron** de tiempo, y en el próximo no ven ni entienden; porque su convencimiento de fe es vacilante: esta es la tentación del Malo. Por ello es necesario que al irse Jesús, permanezca en el mundo el Espíritu guidor y compañero, el abogado. Este **paraclete** realizará tres funciones, y las tres fundadas en el convencimiento (**elenkós**) de la fe: arrepentimiento o **metanoía**, con referencia al Hijo, redención o justificación, con referencia al Padre, y crisis o condenación, con referencia al Tentador o Engañador. Así, el Compañero es, en la historia del mundo, el agente de la victoria de la fe.

El primer móvil del pecado, así en Adán como en Caín, es el afecto **eros** desviado al ensancharse el interés particular de cada cual hasta ocultar al prójimo y a Dios. El afecto **agápe**, por el contrario, "no se ensancha, no busca lo suyo..." (I **Corintios**, XIII, 4-5). Solamente el convencimiento de la encarnación del **agápe** de Dios en Cristo, y por fe, en el cristiano, desvanece el afecto de pecado. Esa es la primera función del Espíritu compañero, y la segunda es justificar al injusto en consecuencia de su fe, que engendra el **agápe** de Dios en la estrechez del ser humano, y en el proceso de **koinía** o integración de la iglesia. Por contraste, la tercera función del Espíritu es condenar a quien ya se ha juzgado a sí mismo al resistir o blasfemar contra el convencimiento de la fe, lo cual es pecado imperdonable de por sí, no por defecto de la misericordia de Dios (cf. **Romanos**, VII, 13).

La Trinidad no es verdad objetiva, para ser demostrada aparte de ser vivida en la intimidad y relaciones espirituales del creyente. Solamente la comprende quien la viva, para lo cual hay que empezar aceptándola por fe. "El tomará de lo mío y os lo hará saber", explica el Maestro, con referencia al Espíritu Compañero. Y "lo mío" es el **agápe** de Dios, que encarna en Jesús. Cuando se está en el **agápe**, "todo lo que pidieris al Padre, **en mi nombre**, lo dará... para que el gozo (la realización en dios del ser auténtico) sea cumplido... "Pues el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis y habéis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre y he venido al mundo,

otra vez dejen el mundo y voy al Padre". Esta es la unidad de Dios, en sí mismo y en la Iglesia. Parece fácil de entender, y así lo creyeron los discípulos; pero no es fácil; el precio para su comprensión es la experiencia de la cruz; sin ella no hay victoria final.

"**Aquel día** no me preguntaréis... **Aquel día** pediréis en mi nombre", dice Jesús. ¿Cuál es **aquel día**? El que describe el **discurso apocalíptico** de los sinópticos, no incluido en S. Juan. Esa es la última enseñanza del maestro. El **agápe** en el Padre, encarnado en el Hijo, vivido con el Espíritu Compañero vence la resistencia del Negador y transfigura en justicia la **metanoia** o arrepentimiento del creyente, hasta el cumplimiento de los tiempos. Esta es la perspectiva apocalíptica del obispo de Efeso (Cf. **Efesios**, I, 10). Desde ella, sí puede entenderse la palabra enigmática de Jesús.

La cuarta meditación es un himno a la victoria de la fe: "**Yo he vencido al mundo**". Comienza con la proclamación del tiempo final y la autoridad del Mesías sobre "toda carne". Toda vida natural e histórica será absorbida y transfigurada por la vida eterna (I **Corintios**, XV, 54). Pero en el momento de proclamar: "La hora es llegada", el Mesías se refiere a la hora de la cruz. Es en ese momento, para la humanidad y para el creyente, cuando la vida eterna se infunde en la material y en la histórica. "El que cree en el Hijo de Dios", dice el obispo de Efeso, "tiene el testimonio en sí mismo... y este es el testimonio: Que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida..." (I **Juan**, V, 10-12).

"Tener al Hijo" es vivir en la creencia de que la potencia creadora de Dios encarna en la miseria humana. "Mi potencia en la flaqueza se perfecciona", es la expresión del **Evangelio** en San Pablo (II **Corintios**, XII, 7-10). Cuando admite su miseria y cree en la encarnación, entonces "habita en él la potencia de Cristo". Este es también el Evangelio de S. Juan, dialogado entre Jesús y Nicodemo (Cap. III), "No envió Dios a su Hijo al mundo para que lo condene..." ...sino "para que todo aquel

que en él crea, no se pierda, mas tenga vida eterna". La condenación o crisis consiste en que "la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz..." No por falta de inteligencia, sino "porque sus obras eran malas, y no quisieron reconocer su flaqueza antes la razonaron para justificarla y así corrompieron su luz, haciéndola tiniebla, como dijo el Maestro en la analogía del ojo y el cuerpo. La sal perdió su sabor (S. Mateo, V, 13-16 y VI, 22-23).

"¿Cómo puede esto hacerse?", preguntó Nicodemo con respecto al segundo nacimiento, es decir, a la entrada en el plano de la vida eterna. "La palabra del Evangelio", es la contestación de Jesús en este himno triunfal. El **tiempo** y el **espacio** se iluminan en la contestación de Jesús: "Así es todo aquel que es nacido del Espíritu... Nadie subió al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo". Desciende y asciende, pero a la misma vez está en el cielo. **Cielo** es el eufemismo hebreo para significar Dios, el Nombre inefable. La potencia de Dios. "Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado; para que todo aquel que en él creyere, no se pierda sino que tenga vida eterna" (S. Juan, 8-15). Dios es la realidad permanente, en la cual existe la creación mudable, así como el mundo existe inmerso en el viento. Esta realidad permanente se hace persona material e histórica en Jesús —tránsito entre lo permanente y lo mutable— y en todos los que aceptan la encarnación en Jesús, el que descende y el que asciende. "Aquellos que me has dado", ruega Jesús, "quiero que donde yo estoy, ellos estén también conmigo... por cuanto me has amado antes de la constitución del mundo". En la ascensión de Jesús, asciende también el tiempo y el espacio —determinaciones humanas— y el hombre, en cuya persona histórica el tiempo y el espacio fueron ya trascendidos. "He acabado la obra que me diste que hiciese", dice Jesús al Padre, "glorificame ahora cerca de tí mismo, con aquella gloria que tuve antes que el mundo fuese" (Cap. XVII, versos 25 y 5). Desde el punto **alfa**, la fe de Jesús en oración alcanza el punto **omega**, y la cruz es el punto me-

dio, el que imparte el sentido de la verdad permanente a las verdades transitorias de la naturaleza y de la cultura —al espacio y al tiempo. La encarnación es vicaria en dos direcciones, desciende y asciende; de Dios en el hombre y del hombre en Dios (Cf. **Apocalipsis**, I, 8, y compárase con P. Teilhard de Chardin, **The Phenomenon of Man** y Oscar Cullman, **Christ and Time**).

En este luminoso ámbito de la eternidad, resuenan las atormentadas palabras de la **Oración Intercesoria** cuando la visión de Jesús se concentra en el escenario de la historia humana. La historia es la guerra apocalíptica entre las dos ciudades: la terrenal, engendrada por el afecto **eros**, y la celestial, engendrada por el afecto **agápe**. “Fuego viene a meter en la tierra”, había dicho Jesús, ¿y qué quieró, si ya está encendido?... ¿Pensáis que he venido a meter paz? No, os digo; mas disensión” (S. Lucas, XII, 49-53). **El Nombre** y **El Camino**, símbolos de la Iglesia primitiva, corresponden a **La Palabra** encarnada. “Ahora han conocido todas las cosas”, dice Jesús, pero solamente en virtud de **La Palabra** encarnada, la cual es “la locura de la cruz”. “Las palabras que me diste les he dado, y han conocido que salí de tí”. Ese conocer es el principio de la unidad y del conocimiento de todas las cosas, de la verdad universal, en la cual participan, y por la cual son verdad todas las cosas verdaderas. Los discípulos adquieren santidad por su participación en esa Palabra, encarnada en Jesús; pero el mundo los persigue y rechaza al perseguir y rechazar a Jesús: “No es el siervo mayor que su Señor” (Cap. XV, 20). Jesús los envía y el mundo los rechaza; sin embargo, el mundo también llegará a conocer en presencia de la unidad de los cristianos, imagen de la unidad de Dios; “Padre Santo”, intercede Jesús, “a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean una cosa, como también nosotros... Yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumadamente una cosa; que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado, como también a mí me has amado” (Cap. XVII, 11, 21-23).

Esta unidad de Dios y de la Iglesia frente al odio del mundo no es mera analogía, sino **vicariedad**: “Porque co-

mo él es, así nosotros en este mundo", escribe el obispo de Efeso. (I Juan, IV, 17). Esta unidad es el símbolo de la restauración de la imagen de Dios en el hombre; porque "Dios es **agápe**; y el que vive en **agápe** vive en Dios y Dios en él" (I Juan, IV, 16). Y en Cristo Jesús, ni la circuncisión (el Judaísmo) ni la incircuncisión (el helenismo) valen nada, sino la nueva criatura" (**Gálatas**, VI, 15), la cual es creada "conforme a Dios en justicia y en santidad de verdad" (**Efesios**, IV, 24). En esta unidad se funda la victoria: "para que el **agápe** con que me has amado esté en ellos y yo en ellos". Esta última frase de la **Oración Intercesoria** la reproduce el obispo de Efeso en su primera carta: "El que guarda sus mandamientos está en él, y él en él" (I Juan, III, 24). Y esta es la dinámica de la victoria: la fe en el **agápe** de Dios encarnado en Cristo, así como en el cristiano. "Todo aquello que es nacido de Dios vence al mundo: y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe" (I Juan, V, 4).

### La palabra apocalíptica.

La palabra simbólica del Evangelio con referencia al último tiempo (**escatón**) comenzó a perder importancia en la cultura llamada cristiana, a partir del Renacimiento. Los poetas y letrados del humanismo, primero en Italia y luego en todo Europa, desplazaron el centro de su vida del más allá, hacia donde señalaba el sistema sacramental del catolicismo, a la vida mundana, hacia donde señalaban las **Odas Carnavalescas** y el **Decamerón**. El tiempo que fluye, donde se dan las rosas efímeras, no sólo desplaza al tiempo eterno, sino que viene a constituir el único tiempo, la duración. A pesar del principio luterano "del carácter sagrado de la vocación civil", la secularización de la vida siguió su curso, hasta hoy. La historia de la secularización de la vida humana es la historia de la ciencia, el arte y la cultura modernas.

Esta escisión de la vida en eterna y secular, aunque contemplada en conflicto, por Jesús, en el **Cuarto Evangelio**, no es el desideratum del **Evangelio**. El Reino de los Cielos es como la levadura puesta en la masa, hasta que



todo queda leudo. El Espíritu es como el viento que pervade al mundo, y así es todo aquel que es nacido del Espíritu. El Cristo está entre los cristianos y en el cristiano, como la levadura y como el aire. La palabra apocalíptica del **Evangelio** ilumina toda la existencia en los tiempos **crónos** y **kairos**, con la luz de "aquel día", llamado en **La Escritura Sagrada** "el día del Señor". "Empero de los tiempos (**crónos**) y de los momentos (**kairos**) no tenéis necesidad de que os escriba", dice S. Pablo a los hermanos de Tesalónica, "porque vosotros sabéis que el día del Señor vendrá así como ladrón de noche" (**Tesalonicenses**, V, 1-2 y 4). S. Pablo está citando el discurso apocalíptico registrado en el **Evangelio** de **Mateo**. Los otros dos no usan este símil del ladrón. El **Evangelio** de la iglesia de Efeso no intercala el discurso apocalíptico porque había sido expandido ya en la revelación de Jesucristo, dada al vidente, al descorrerse para él el velo de los tiempos en la isla de Patmos. "El que era, y que es y ha de venir", es simultáneamente, el revelador y el revelado, "el mismo ayer, y hoy y por los siglos" (Cf. **Apocalipsis**, I, 4 y **Hebreos**, XIII, 8). El **Apocalipsis** es la descripción simbólica del proceso de Jesús, en la Iglesia, y en la historia, hasta el cumplimiento del propósito, o **telos**, de Dios.

Las versiones de los tres sinópticos coinciden en los temas de la revelación de los tiempos, con muy pocas variaciones. Comienzan con la motivación del discurso en una observación con respecto a la soberbia de los edificios que se veían desde el monte de las Olivas. Marcos y Mateo dan a entender que la observación se hizo por los discípulos, al salir del templo. Lucas no menciona el detalle de haber esperado hasta salir de la ciudad y llegar a la cúspide de la colina para sentarse y hablar a la vista de la perspectiva, y la observación fue hecha por "uno", sin identificarlo con los discípulos. Los tres coinciden en establecer el contraste entre "la historia y la cultura", las piedras "movibles" y la permanencia de "las cosas que son firmes" (**Hebreos**, XII, 27). Marcos dice que lo reveló aparte a Pedro, Juan y Jacobo; Mateo dice que a los discípulos, lo cual tiene importancia por la relación

que esto pueda tener con S. Pablo (Cf. **Gálatas**, I, 18 y 19).

Los tres coinciden en los tres primeros temas y su orden: cautela contra el engaño, las guerras y las persecuciones de los discípulos. El tercer tema sobresale en las meditaciones del **Cuarto Evangelio**. Lucas menciona específicamente que los engañadores tratarán de identificar el momento (kairos), “pero aún no será el fin” (**Marcos**, XIII, 7). La fuerza de la falsedad y de la confusión será tal “que engañarán a muchos” —dando a entender aun de los discípulos (**Marcos**, XIII, 22 y **Mateo**, XXIV, 24). “Y por haberse multiplicado la maldad, (anómia) el agápe de los muchos se escapará como un soplo” (**S. Mateo**, XXIV, 12). “El hermano entregará al hermano a la muerte, y el padre al hijo: y se levantarán los hijos contra los padres y los matarán” (**Marcos**, XIII, 12). Este es el mismo dicho que reproduce S. Lucas inmediatamente después de la parábola del rico insensato. Allí aparece también el séptimo tema, de la vigilancia, y una vaga alusión a la parábola de las vírgenes prudentes. El régimen de la unidad temática, en Lucas, fue en esta ocasión más fuerte que el de la unidad cronológica. “Procurad el reino de Dios y todas estas cosas os serán añadidas”, es el tema entonces (**Lucas**, XII, 30, y **Mateo**, VI, 33). Este es el resguardo contra el engaño. La fuerza de gravedad del amor de sí mismo, neutraliza la fuerza de gravedad del amor de Dios, y se produce el error, la mentira, el engaño y la muerte. Lo contrario de la verdad y la justicia, no es el error y la injusticia, sino la fe desviada, que extravía el amor **eros**, corrompe la **filia** rechaza el **agápe** y obra como Adán y Caín. El pecado es la aberración de la fe verdadera y de su consecuencia, el amor de Dios, a Dios, por Dios y en Dios, —del Reino de los Cielos.

“Mas el que persevera hasta el fin”, el cual es a la vez propósito histórico y victoria final, “este será salvo” (**Marcos**, XIII, 13 y **Mateo**, XXIV, 13). Para ayudar a esa perseverancia, vendrá El Compañero, el Espíritu de verdad: “No premeditéis qué habéis de decir... porque no sois vosotros los que habláis sino el Espíritu Santo” (**Mar-**

cos, XIII, 11). San Lucas lo explica de este modo: "Yo os daré boca y sabiduría a la cual no podrán resistir..." (Cap. XXI, 15). Perseverar hasta el fin, hasta el cumplimiento del **telos** o propósito de Dios, es mantenerse bajo (**hypomenein**) la dirección del agápe de Dios, el cual nos sugiere la acción y la palabra acertada en cada momento (**kairos**) por una especie de iluminación, a la cual el cristiano llama la gracia. La iglesia cumple su misión, en la historia humana, viviendo en la gracia, en el amor creador de Dios, de lo cual el sistema sacramental católico-romano es un símbolo fosilizado, sin contenido ni sentido vital para la gran mayoría de sus comulgantes. Y esto lo digo con sincera nostalgia, y sin intención de ofensa alguna. El protestantismo, hijo del Renacimiento, al perder el símbolo, perdió con él la vivencia de la gracia y secularizó su vida. Los sucedáneos de los símbolos de intimidad en el Espíritu Santo son triviales y hasta ridículos. Afortunadamente el protestantismo demótico se mantiene fiel al sacramento de la Palabra Sagrada, por la cual vive aún.

Siguen cuatro temas tratados entre sí: la predicación universal del evangelio, la Parousia, el misterio del tiempo final y la necesidad de la vigilancia. S. Marcos indica sencillamente que antes del tiempo final, "es necesario que el evangelio sea predicado" (Cap. XIII, 10). S. Mateo elabora un poco: "Y será predicado este **Evangelio del Reino** en todo el mundo, por testimonio a todos los gentiles, y entonces vendrá el fin" (Cap. XXIV, 14). S. Lucas dice sobriamente: "Y os será para testimonio" (Cap. XXI, 13). Y S. Juan comenta: "Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado, mas ahora no tienen excusa de su pecado" (Cap. XV, 22). Para S. Pablo y la Iglesia primitiva era urgente predicar este evangelio "en todo el mundo" (S. Marcos, XVI, 15-16), "a tiempo y fuera de tiempo" (II Timoteo, IV, 2), y "a causa de la necesidad que apremia" (I Corintios, 7, 26). "La necesidad actual" es la predicación del **Evangelio del Reino**, sin lo cual la Parousia, o segunda presencia de Jesús, el Cristo, no ocurriría. De ahí la urgencia misionera de la Igle-

sia primitiva para “redimir el tiempo” (**Efesios**, V, 16), para no retardar negligentemente la Parousia.

La esperanza de este regreso de Jesús constituyó la mayor fuerza expansiva de la iglesia, y la fortaleza para el testimonio, que en griego se dice **martirio**. La predicación del Evangelio del Reino se hizo como Jesús ordenó: tomando la cruz literalmente. Este martirio es la condición indispensable para preparar la Parousia, la presencia final y victoriosa. S. Lucas no elabora el tema, le basta con indicar que la aparición será por **sorpresa**, inesperada, como la **pegis** o trampa en la cual cae la bestia o el ave. El tiempo de su aparición hay que inferirlo por señales, como se infiere el tiempo natural por las señales del cielo y de las plantas. S. Marcos y S. Mateo registran las palabras: “Os lo he dicho antes”, es decir, las señales del tiempo **kairos**, de la historia. Pero también indican que será “de repente”, sin aviso, como llega el ladrón en la noche (Solo S. Mateo usa esta imagen, que se repite luego en la **Primera Carta a los tesalonicenses**, y en la **Segunda de S. Pedro**, Cap. III, 10). S. Mateo elabora más que los otros, y nos da una descripción del juicio final tan solamente sugerido en **S. Marcos**: “Entonces enviará sus ángeles, y juntará sus escogidos de los cuatro vientos, desde el cabo de la tierra hasta el cabo del cielo” (Cap. XIII, 27 y **S. Mateo**, XXIV, 31). La mayor cautela se subraya contra los falsos Cristos, que engañarán aun a los escogidos (**S. Marcos**, XIII, 22 y **S. Mateo**, XXIV, 24). “La señal del Hijo del hombre en el cielo” (**S. Mateo**, XXIV, 30), se mostrará después de la aflicción, en medio de un cataclismo cósmico (Aquí las referencias a Daniel, —**S. Marcos**, XIII, 14 y **S. Mateo**, XXIV, 15— y la referencia a Noé, en **S. Mateo** solamente —Cap. XXIV, 37. S. Mateo añade las parábolas de las vírgenes y de los talentos, a las cuales S. Marcos y S. Lucas solo aluden—. Cf. **S. Marcos**, XIII, 34-35 y **S. Lucas**, XII, 36-38 y 42-48). El siervo malo será puesto con los hipócritas y cortado por medio (**S. Mateo**, XXIV, 48-51). Lo importante es no dormirse, como los discípulos se durmieron en el Gethsemaní, y las vírgenes fatuas a la puerta de las bodas. “Conociendo el tiempo”, escribe el apóstol a los Romanos, “que es

ya hora de levantarnos del sueño" (Cap. XIII, 11). Esto es lo importante para ser dignos de estar en pie delante del Hijo del hombre" (**S. Lucas, XXI,38**).

El sueño es símbolo de una conciencia aletargada, confusa por la preocupación con "las muchas cosas", como Marta, o con el temor al no ser, efecto de la aberración del amor de sí mismo, el amor **eros**. El que tiene la fe de Cristo, la fe en la encarnación de Dios en la miseria humana, pierde la ansiedad del no ser y de las muchas cosas, y gana el dominio de sí mismo, la serenidad del que ha encontrado el fundamento, la roca sobre la cual edifica su destino eterno, y esa roca es la fe cristiana. No teme a la cruz, antes la asume, porque su vida "está escondida con Cristo en Dios" (**Colosenses, III, 3-4**). Las palabras del apóstol a los colosenses, "cuando Cristo, vuestra vida, se manifestare", es una alusión profunda e inequívoca a la verdadera Parousia.

Sorprende al lector avisado la penetración del **Evangélio** de S. Mateo al conservar y componer las parábolas de los dos siervos (Cap. XXIV, 42-51), las diez vírgenes, los talentos y el juicio final para completar el discurso apocalíptico. Este es el séptimo tema, la vigilancia; pero una vigilancia fundada en la fortaleza, sabiduría y **agápe** de la fe cristiana. "Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de llegar vuestro Señor" (Cap. XXIV, 42 y XXV, 13). El siervo vigilante lo es por su fe que lo hace sabio (**pístós** y **frónimos**), y le permite alimentar a su familia "a tiempo". El siervo malo, **el caco**, es el que piensa: "Mi Señor se tarda"... Y el Hijo del hombre viene "a la hora que no pensáis". Las vírgenes **moronas** (esta es la palabra que usa el **Evangélio**) lo son a causa del mismo pensamiento indolente, a causa de una deficiencia de su fe, no de su inteligencia: "creyéndose sabias se hicieron moronas" (Cf. **Romanos, I, 22**). El hombre que escondió su talento lo hizo **por miedo** (Cap. XXV, 25), miedo a emplear mal su tiempo, que es su vida. Y este exceso de cautela por miedo, le obscureció el sentido (**nous**) para no comprender la cautela de la fe. Esta es la paradoja del Reino, "al que tiene le será dado, y tendrá más", y el que no usa lo

que tiene —por miedo a la negación de sí mismo, “aun lo que tiene le será quitado”. Los cabritos, enviados al tormento eterno, no sabían, por falta de fe en el artículo único del credo cristiano, la encarnación— que al fallar para con sus prójimos, fallaron para con Dios. Las ovejas, enviadas a la vida eterna, tampoco sabían que al amar a sus prójimos amaban en ellos a Dios, pero acertaron por su fe en el artículo único del credo primitivo, que Dios estaba en Cristo, y como Jesús los amó, así amaron ellos, cumpliendo así con el único mandamiento: “que os améis los unos a los otros como yo os he amado” (**S. Juan**, XIII, 34), y “nadie tiene mayor amor que éste, que ponga alguno su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos”, si cumplís el único mandamiento (**S. Juan**, XV, 14-15). El tiempo eterno, el de la Parousia, vendrá cuando este **Evangelio** haya sido encarnado por medio de la palabra encarnada, y La Palabra, el Verbo de Dios, es amor, porque Dios es amor. El Reino de Dios es la semilla del **agápe**, el campo es el mundo, y el cristiano es la semilla encarnada en diversos terrenos, como en la parábola del sembrador (**S. Mateo**, XIII, 20). Nótese que dice “el que fue sembrado”, el cristiano, el discípulo.

La parousia es un hecho, en consecuencia del cual el obispo de Efeso puede pedir a sus discípulos: “Orad en toda ocasión (**kairo**), intensamente” (**Efesios**, VI, 18). Y esta oración es expectante y dinámica, como en las parábolas, no meramente contemplativa y sentimental. La palabra: “Vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy vosotros también estéis”, que es el hecho más poderoso de la Iglesia primitiva, es una promesa endeble y confusa para la Iglesia actual. Así también ocurre con las otras cuatro verdades factuales, sobre las cuales se funda y crece la Iglesia:

1.—Jesús, el profeta de Nazareth, es la encarnación de la plenitud o fuerza creadora de Dios (**Colosenses**, II, 9).

2.—Murió, como hombre, muerte afrentosa de cruz, condenado por la insinceridad, codicia, ignorancia, torpeza y pecado (falta de fe) del hombre, y murió con-

fiado en el poder creador de Dios para vencer la muerte, la maldad y el engaño. Murió en fe (**Romanos**, V y VI).

3.—Resucitó para reivindicar el poder creador de Dios, encarnado en la flaqueza humana, para destruir la obra del pecado, el cual es poderoso por la falta de fe verdadera (**Hebreos**, II, 14).

4.—Está presente en la fe de aquellos que creen en su encarnación, muerte y resurrección, siendo los tales "templos de Dios" (**I Cor.** 3:16), miembros del cuerpo vicario de Cristo, **I Cor.** XII, 27) y poderosos en Dios, a pesar de su flaqueza humana: (**II Corintios**, XIII, 9).

5.—Todos los cristianos habrán de participar en la Parousia, como participan de su cuerpo vicario en la historia (**I Corintios**, XV). Este es el sentido de la unidad de la vida de Dios, de la **koinonía** o comunión de los santos.

Es casi obvio que estos cinco principios, fundados todos en la doctrina de la encarnación, constituyen el **Credo Apostólico**, que aún repite la Iglesia automáticamente en su liturgia, y muy poco deliberadamente en su vida. Sin embargo, el **Apocalipsis**, o **Revelación de Jesucristo** sólo adquiere sentido cuando se comprende como la expresión simbólica de esta fe, operando en el tiempo histórico (**el kairos**), hacia su cumplimiento en el tiempo final eterno (**el telos**). La duración, cuya idea abstracta llamamos **tiempo**, se llena de sentido humano cuando encarna en ella la divinidad, cuya manifestación concreta, histórica y particular llamamos Cristo y cristiano, de nombre y apellido carnal.

